

El cuerpo del deseo Antología de poesía erótica femenina

Sergio Monsalvo

Vulva al rojo vivo
abierta al límite
pariendo lumbre
Iliana Godoy

Existen quince razones, todas ellas buenas e importantes, naturalmente, para que un lector de poesía o de las cuestiones culturales en general se acerque a la compilación hecha por Valeria Manca en el libro *El cuerpo del deseo*, una antología de poesía erótica femenina escrita en nuestro país.

1. La primera es para saber con qué "gran entusiasmo" Manca se acercó a la poesía mexicana actual y la manga ancha que tuvo al forzar hasta límites extraordinarios la elasticidad de la palabra "juventud", aplicada a sus antologadas. Éstas son 22 poetas nacidas entre 1943 y 1960, la mayoría pertenecientes a la década de los cincuenta. "La juventud es entonces una de las constantes"; otra es que todas cuando menos tienen un libro publicado con "empeño, seriedad e interés demostrado hacia la poesía".

2. Que la atmósfera reinante en la producción poética de las mexicanas es la tristeza, queja, resignación ante las dificultades y "el caos existencial de la época", lo cual se contrapone a la esencia que Julio Cortázar le atribuyó a la verdadera literatura erótica, en la que deben estar presentes "la alegría, la sencillez, la ternura, la naturalidad, el amor, un erotismo que no sólo se refiera a las alcobas sino a aspectos y relaciones más sutiles".

3. Que la poesía femenina actual con elementos eróticos —dice Manca— tiene una actitud de fuerte conciencia de sí, del propio cuerpo y de todo lo que de él emana: "Sabores de pulque y carne cruda", en palabras de Kyra Galván. La poesía como un muestrario de sentimientos confesionales o inconfesos, que revela la savia de su naturaleza en la búsqueda y presentación de ansiedades y las ganas incontenibles de exponerlas.

4. Que resulta curioso con tal muestrario no imaginar a esa veintena de mujeres regodearse como en un escenario y divertidas como locuelas, figurándose a los lectores frente a sus opiniones en las breves entrevistas que la autora realizó con la mayoría

de ellas, en respuestas como la de Carmen Boullosa: "...las mujeres tenemos más cuerpo que los hombres. Nuestra vida está llena de nuestro propio cuerpo". Esto es algo que no se debe uno perder, si tomamos en cuenta que Baudelaire apuntó que "la mujer es así de simple porque no tiene más que el cuerpo".

5. El libro opta por la inexistencia de la "hermosa provincia mexicana". ¿Flojera?, ¿falta de recursos?, ¿de una metodología?, ¿de rigor? *Qui le sait?* La autora se justifica así: "La Ciudad de México tiene la característica única de poder ser considerada un país, completamente autosuficiente". ¿Se puede hablar así de una poesía erótica femenina mexicana en general?

6. Para saber que los talleres literarios —en casi todas las poetisas— son reconocidos como sus incubadoras y que en ellos se reúnen básicamente para "aprender a vencer juntas el miedo a la escritura o a mencionar ciertos temas como el erotismo", según lo expresa Leticia Hülsz. Es decir, que en los talleres la potencia natural que emana de sí mismas, atando y desatando su carne, se revela ahí gracias al convivio cotidiano para después "alejarse en el momento justo, cuando uno siente que puede caminar sola" (Andrea Montiel Rimoch), hacia el camino imperecedero y lleno de abrojos de la individualidad.

7. Para los sociólogos, saber que "las poetisas mexicanas se expresan a partir de los siguientes puntos que tienen en común": el momento histórico-cultural que viven, el origen de clase, la cultura judeo-cristiana, las lecturas de autores contemporáneos, la utilización del verso libre y, como gran lazo, la temática del cuerpo. En este sentido, las palabras de Ethel Krauze: "Sin mujer, sin su cuerpo, no hay poesía erótica masculina. La mujer, por el contrario, es más abierta para hablar de su cuerpo y de su deseo... La mujer puede erotizarse con su propio cuerpo, el hombre no". Comentario que de algún modo recuerda lo escrito por José de Espronceda en el sentido de que en la mujer "su cerebro es el chocho, y de este modo/en él encierra su saber y todo".

8. Para los amantes de la poesía, saber que Jaime Sabines es el poeta más leído por ellas. Porque, según la autora, "en sus poemas la figura femenina adquiere una dimensión propia; es sujeto, amada o no, pero sujeto respetable tanto en cuerpo como en espíritu. Lástima que el poeta no haya influido en los jóvenes poetisas mexicanos que escriben versos como: "Tu sexo/sólo aplaude/la actuación del mío..."

(poema este último del groserote Xorge del Campo).

9. Para los lectores varios, que la mujer se sorprende no sólo de sentir, sino también de decir lo que siente; que escribir poesía erótica para una mujer hoy, en México, es entonces del todo natural. O como externa Nelly Keoseyán: "La necesidad para una mujer de escribir poesía erótica nace en la oscura tiniebla donde se engendra el deseo de la muerte y de vivir. Escribimos poesía erótica para aliviar las heridas del cuerpo". O sea, para hacer saber a los ignorantes que su mundo es un melodrama permanente, con un cuerpo que es fuente de dolor, porque "a partir del descubrimiento del erotismo —dice Manca—, descubrió también la propia soledad".

10. Para los interesados en el detalle importante, que hasta el momento de escribirse el libro Frida Varina compartía su departamento con una amiga; que Kyra Galván vive en Xochimilco con esposo e hija; que Perla Schwartz sí tiene esposo y también un hijo (de 3 años); que la Hülsz desde hace años vive sola, al igual que Nelly Keoseyán, Verónica Volkow y algunas otras; que Sabina Berman vivió ocho años con un hombre delgado de bigote tupido o que Myriam Moscona es casada, descasada y reincidente... y así.

11. Para los antropólogos, que "sólo recientemente la mujer ha incursionado en la conciencia sobre su cuerpo y su placer. En el caso de las mexicanas, antiguas tradiciones tanto indígenas como hispánicas ha sumido a la mujer en la reproducción acrítica de valores morales prohibitivos respecto a los placeres del cuerpo. Sólo en las últimas décadas la poesía erótica se desviste de su disfraz místico y aparece en todo su carácter manifiesto" (Marcela Fuentes Berain).

12. Para los coleccionistas, la aportación de numerosas definiciones de poesía y erotismo desde el punto de vista femenino, en el que se incluye toda una gama que va de la referencia velada por místicas nieblas hasta la descripción con pelos y señales. Aparecen los signos de la solemnidad, de una interpretación de la realidad, del coloquialismo y una que otra expresión lésbica.

13. Para los reflexivos, darse cuenta de que en el acto de escribir poesía erótica no está la mayor exhibición de las antologadas. Hay que detenerse en sus comentarios autobiográficos y definitorios para reconocer, una vez más, que del dicho al hecho hay mucho trecho.

14. Para los antidemagogos, la confesión de Manca: "Claro, el mío es un discurso parcial, pero los poemas existen y se co-

mentan por sí mismos”.

15. Para todos nosotros, saber que aquí también las razones y las obras van por rutas diferentes. En este caso las obras (la poesía) quedan a salvo; las razones sólo en Silvia Tomasa Rivera, que las guarda para sí razonablemente, y en Coral Bracho, que no estuvo. Al resto, incluyendo a la autora, habría que compararlas con aquella “bella princesa que estuviera encerrada/tras de gruesos barrotes, y viviera engañada/con la dulce mentira de sus propios ensueños”, como escribiera la poeta de otros lares, Isabel Lleras Restrepo. ◇

Valeria Manca. *El cuerpo del deseo. Antología de poesía erótica femenina*. México, coedición de la UAM y la Universidad Veracruzana, Xalapa, 1989, 287 pp.

Sobre cómo leer lo social

Blanca Solares

Nóé Jitrik nos muestra la lectura como una actividad de la que se toma conciencia en cuanto tal. No la observa de forma “natural”, sino en su carácter problemático; toda apropiación de un texto por o a través de la lectura, supone problemas. En la actualidad, dado el carácter de la “cultura” dominante, el leer se asocia a una mayor o menor cultura. La lectura, sin importar su cualidad, va asociada a ese factor cuantitativo. Subyace a la lectura el principio del mercado; de lo que se trata es de vender cada vez más libros, cada vez un mayor número de ejemplares; no es relevante la lectura misma sino la cantidad de textos que se han leído.

Esto nos da sin embargo apenas una concepción parcial de la lectura. Siguiendo a Jitrik se diría que nos entrega sólo una de las caras de lo que la lectura es en la sociedad actual; en términos de un análisis tradicional la lectura aparece como “razón instrumental” o como un medio para el mejor funcionamiento de la demanda de libros en el mercado. Más aún: reproduce el “sentido” de una sociedad, la actual —aspecto que Jitrik decide tratar en otro momento con más cuidado, pero del que ya nos ha dado algunos indicios. La lectura va asociada a pobreza o a riqueza, a sectores marginados o privilegiados, es una forma de integración social —una forma de sentirse miembro de una comunidad— o también una forma de sentirse excluido. En general, esta

perspectiva instrumentalista de la cultura —asociada a la serie de supuestos de una “mecánica afirmativa autoritaria”, y a la utilización de la lectura como medio para determinados fines en cuyo logro se agota—, descuida pero más bien deja que se le escape lo que la lectura produce más allá de la distribución, confirmación o instauración de valores vinculados al sentido de una sociedad específica. Y es aquí, en esta visión de la lectura de Jitrik como “objeto en escapatória constante”, que la lectura se nos convierte también en un objeto que produce inestabilidades. La lectura instaure diferencias entre quienes están en condiciones de ejecutarla y quienes carecen de los medios para ello, pero también crea, entre quienes la realizan, diversidad de opinión y de interpretaciones: bases para una permanente conversión cultural.

Aunque no lo desarrolla, Jitrik nos ofrece con este planteamiento una idea de modernidad. Se trata del hecho de una sociedad que no se reproduce con base en visiones del mundo fijas sino que crea y recrea estas visiones del mundo a partir de sí misma y con sus propios recursos. La lectura es presentada como actividad creativa y productora de modernidad pero también como posibilidad crítica de la modernidad en marcha. A partir de esto, Jitrik abre un campo de investigación complejo que tendría como objetivo el tratar de mostrar cómo es que la lectura en tanto “objeto de conocimiento” produce estas “escapatorias”; de ahí entonces la necesidad de un proceso analítico que nos descubra cómo se lee, bajo que circunstancias, qué competencias son necesarias, cuándo se hace una lectura “adecuada”, cuándo la lectura puede ser incluso “nociva”.

Se puede leer sentado, acostado, parado y, desde luego, también en posiciones intermedias, semiacostado o acucillado, se puede leer en movimiento o en reposo. La motivación de la lectura puede ser la obligación o el placer mismo de hacerla. En un examen más profundo se puede hablar también de lecturas inertes, semiológicas y semióticas. Clasificación que sólo funcionará en un nivel abstracto porque la lectura semiológica podría ser una lectura inerte, la semiótica podría ser una lectura semiológica y la semiología podría devenir “ultraespecialización” o “reduccionismo” de la interpretación de los iluminados, de los que sí se han especializado en la lectura y han hecho de ésta su “profesión” en sentido weberiano. De ahí, Jitrik desarrolla la “intuición”— más allá del sentido fenomenológico de Husserl— de otra posible clasificación de la

lectura: literal, indicial y crítica. Nos valemos de esta última alusión a un nivel de la lectura “crítica” para volver a insistir en la hipótesis de una idea de modernidad, que en mi opinión Jitrik ofrece entre líneas.

La lectura crítica no es cuestión de iniciados: “no es necesariamente la lectura que hacen los ‘críticos’ y el concepto nada tiene que ver con lo profesional...” Más bien es una actividad que se acepta realizar con el objeto de discernir el contenido de lo que se lee, “de hacerse cargo de él y de integrarlo en una comprensión superior, múltiple.” Podríamos preguntar a Jitrik dónde encontrar tal lector. Y quizá Jitrik nos contestaría que como potencia en cualquiera de los lectores. Simple, pero no tanto.

El viejo programa de la Ilustración proponía ya la constitución de este sujeto reflexivo y en esa medida libre; la normatividad de la sociedad en su proceso de desenvolvimiento sólo podía, en adelante, fundarse y extraer su fuerza de sí misma, de la capacidad del juicio crítico de sus integrantes. Son estos anhelos los que fundan el advenimiento de una nueva sociedad sobre las bases del *Ancien Régime*. Pero, en su desarrollo, el proyecto es afectado por distintos factores y el resultado hoy es el desencanto ya no sólo en relación a las viejas concepciones religiosas del mundo sino de la posibilidad misma de la continuación de la existencia bajo los presupuestos del pensamiento ilustrado. En la actualidad, esta actitud queda expresada en el énfasis que pone la corriente postmodernista en una “razón cínica”. Y, en este sentido, a contracorriente, el texto de Jitrik vuelve a empalmarse con el proyecto original de la tradición moderna. En mi opinión, es necesario tomar en cuenta este punto para entender la propuesta del autor sobre la necesidad de promover un tipo de lectura —la lectura crítica— más allá de un deber ser. Más que un tipo de lectura al que “se debería” tender e impulsar, “socialmente un objetivo digno y una responsabilidad política”, el “deber ser” se derivaría de un proyecto de modernidad que en la historia de su devenir se ha vuelto *auto-reflexivo*. Es decir, en el plano de lo social, que no cree en el “progreso” carente de contenido y en los términos de una “teoría de la lectura”, que no cree en un acrecentamiento de la capacidad de juicio del lector por simple acumulación de textos leídos.

La presentación de la lectura que Jitrik hace como objeto cultural nos hace advertir entonces:

a) Que es una crítica al carácter simplemente homogeneizante de la cultura de ma-